

Economía

CRISIS POR LA DEUDA FINANCIERA ► CONSECUENCIAS INMEDIATAS DE UN RESCATE

Los expertos prevén nuevos recortes en el empleo público y el paro si se solicita la ayuda

► Los economistas creen que el Gobierno sólo podrá aguantar hasta octubre, cuando vencen 27.000 millones de deuda, si la prima no se relaja

DAVID NAVARRO

■ Aunque no se trate de un rescate completo como el de Grecia o Portugal y a pesar de que España ya ha adoptado casi todas las «recomendaciones» que demandaban Bruselas y el Fondo Monetario Internacional (FMI), nadie duda de que la solicitud de ayuda al Fondo Europeo de Estabilidad que baraja el Gobierno —y que casi exigen el BCE y Alemania— conllevaría contrapartidas en forma de nuevos ajustes y de cesión de soberanía nacional. En concreto, los expertos consultados por este diario creen que los socios del euro podrían reclamar nuevos recortes en el empleo público, una rebaja en las prestaciones por desempleo y que se acelere el retraso de la edad de jubilación a cambio de que el citado fondo o el propio BCE comprenda deuda española para rebajar su prima de riesgo.

Mariano Rajoy tampoco tiene demasiado tiempo para sopesar alternativas a la petición de rescate ante el calendario de vencimientos del Tesoro Público. El catedrático de Análisis Económico e investigador del Ivie, Joaquín Maudos, sitúa la fecha límite en octubre, cuando el Ejecutivo debe hacer frente a la renovación de más de 27.000 millones de euros. «Con los tipos que está pagando el Gobierno no tendría sentido emitir esa cantidad porque lo que ahorras con los recortes lo acabas gastando en intereses», señala Maudos. «Se entraría en una espiral muy peligrosa y muy difícil de explicar a los

LA CLAVE

El rescate total, casi imposible

► El investigador del Ivie Joaquín Maudos descarta la posibilidad de un rescate total para España, como el que se ha aplicado a Grecia o Portugal, «porque no hay fondos suficientes». Maudos recuerda que si España fuera rescatada con toda probabilidad Italia correría la misma suerte, una situación imposible de afrontar.

ciudadanos que deben soportar los sacrificios exigidos para rebajar el déficit», coincide el presidente del Colegio de Economistas de Alicante, Francisco Menargues.

Ambos aseguran, también, que España necesita ayuda externa para superar esta situación y que lo ideal hubiera sido que el BCE hubiera reactivado su programa de compra de deuda pública, una actuación que no implica condiciones para los países beneficiados. Sin embargo, la negativa de Alemania, Finlandia u Holanda, temerosos de que España e Italia no cumplan sus compromisos de austeridad, ha pesado más en esta ocasión.

Lo que ahora se plantea es un rescate «light». A diferencia del tradicional, que implica sacar al país de los mercados y que sean el Fondo de Estabilidad y el FMI quienes le presten directamente todo el dinero que necesite durante un plazo determinado de tiempo, con España e Italia la actuación se li-

mitaría a comprar bonos o letras en esos mismos mercados para conseguir que su precio baje y que estos gobiernos puedan seguir operando.

La petición, eso sí, exigiría la firma de un «memorándum de entendimiento». Es decir, un documento en el que los socios europeos ponen sus condiciones para acceder a que se utilice su dinero con este fin. Es algo que ya se ha hecho con el rescate a la banca y que obligará a que, a partir de septiembre, cualquier decisión que tome el Banco de España deba ser supervisada y autorizada por el BCE.

Cesión de soberanía

Al respecto, tanto Maudos como Menargues creen que la petición de ayuda al Fondo de Estabilidad implicaría esta misma tutela sobre todas las grandes decisiones económicas del Gobierno. «Es lógico que si alguien te presta dinero —aunque sea de forma indirecta— quieras asegurarse de que adoptas las medidas necesarias para devolverlas», señala el economista alicantino. Esto implica también nuevos recortes en el gasto, a pesar de que España ya ha adoptado «prácticamente todas las recomendaciones que realizaron el FMI y la CE y que ambos organismos consideran que la velocidad de los ajustes es la adecuada» para evitar que la economía española se hunda definitivamente, recuerda el investigador del Ivie. Una de las pocas «sugerencias» que no se han

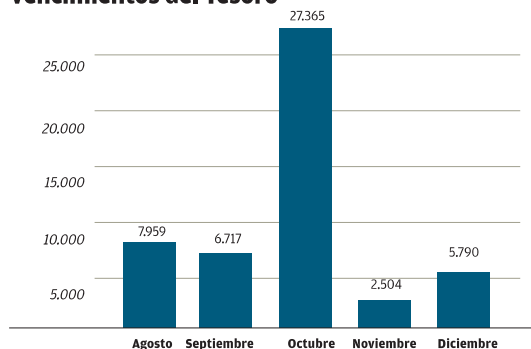


Joaquín Maudos.



Francisco Menargues.

Vencimientos del Tesoro



Fuente: Tesoro Público. DATOS EN MILLONES DE EUROS

DPTO. INFOGRAFÍA ► INFORMACIÓN

cumplido es la de acelerar el retraso de la edad de jubilación, por lo que Joaquín Maudos se muestra convencido de que ésta será una de las nuevas exigencias. También es muy probable —al menos así ha ocurrido en el resto de países rescatados— que los socios de la UE exijan rebajas en las prestaciones por desempleo, señala el experto. Se trata de una de las partidas presupuestarias que más ha crecido y que más difícil de ajustar le está resultando al Ejecutivo.

Dudas sobre las autonomías

Otra de las apuestas fijas en todas las quinielas son nuevos recortes en el empleo público, tanto en el número de funcionarios como en los salarios. «Uno de nuestros mayores problemas es que en el exte-

rior no acaban de ver viables los ajustes presupuestarios con nuestra actual estructura de Estado, y algo de razón llevan», explica el presidente del Colegio de Economistas de Alicante. A su juicio, se hace imprescindible un adelgazamiento de la administración y acabar con las redundancias que ha creado el Estado autonómico, lo que no significa acabar con las autonomías «sino hacerlas más eficientes».

Los expertos no creen, sin embargo, que las exigencias de los socios europeos con España o Italia lleguen al recorte directo de las pensiones de hasta el 40% o las rebajas salariales generales que se han impuesto en Grecia o Portugal. Todo dependerá, aseguran, de la habilidad negociadora de Rajoy.

Tribuna

Matías Vallés



ES MÁS FÁCIL RESCATAR A ESPAÑA QUE A RAJOY

Rajoy no da los «buenos días» si no puede leer la frase en un papel, con tipografía apreciable. Su oratoria con báculo alienta el resque-
mor de que su discurso ha sido redactado en alguna de las instituciones que más menciona, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional. Se refiere a ellos con más frecuencia y veneración que a España, un Gurb alienígena tendría dificultades para averiguar el nombre del país presidido por el líder del PP. A falta de concretar la interven-

ción económica, el rescate argumental ya se ha producido. El Gobierno no efectúa una sola declaración que no esté visada por la troika de los hombres de negro.

Los expertos debaten encendidamente si Europa dispone del fuelle necesario para rescatar a España. Si al peso muerto del país en cuestión se le añade el lastre de su presidente del Gobierno, la salvación adquiere el rango de utópica. Es más fácil acometer el socorro íntegro español que empeñarse en el rescate de Rajoy. El gobernante en cuestión empeora la operación desde la abulia. No quiere demostrar que la situación es difícil y que su ejecutivo puede solventarla, sino que no pasa nada. Con el país en bancarrota, efectúa un recorrido por su labor que incluye el orgullo por un Plan Nacional de Turismo, donde hasta la denominación posee tintes franquistas.

Rajoy no aclara si tendrá que leer «Guten Morgen» en vez de «buenos días» pero, ante la desesperante ausencia de ideas propias, descarga cada párrafo en «todo el mundo sabe» y «todo el mundo dice». Así escamotea su responsabilidad, se esconde detrás de la humanidad entera para descargar sobre los ajenos la responsabilidad de su Gobier-

no en la zozobra de Europa. No despertó entusiasmo desde la humildad pretérita, y mucho menos desde el engrimeamiento actual. Le adorna la virtud de hablar de todo aquello que no interesa a los ciudadanos, desde una falta de empatía robótica o clasista según la inclinación del analista. Ningún gobernante occidental asociaría el padecimiento de «muchas familias y muchas empresas», además de obviar a los trabajadores con prima de riesgo de paro.

El gesto de estupor que esboza Rajoy —«qué necesidad tengo yo de hablarle a esta gente»— se contagia al espectador, convencido de hallarse ante un personaje que describiría un caballo a partir de un automóvil, con patas en vez de ruedas. De hecho, el presidente no entiende la mayoría de cosas que pretende estar explicando, como el cambio en los signos de los EREs. Resulta curioso que el gobernante más opaco de la democracia presuma de la ley de Transparencia. Máxime cuando la citada norma ni siquiera le obliga a explicar su agenda como presidente del Gobierno. Bromea con «la famosa prima de riesgo» refleja la ausencia de la realidad de quien está dispuesto a sacrificar la vida para

que florezca un sarcasmo.

«Buena parte de las cosas que pasan aquí dependen de las decisiones que se adoptan en otros sitios». Y a partir del entreguismo, se echa a dormir. Se siente satisfecho porque «hoy no es posible atender las peticiones que hacen los ciudadanos», lo cual elimina buena parte de su cometido profesional. Después del consejo de ministros se limita a ofrecer un popurrí de sus escasas intervenciones previas, olvidando de nuevo que no es un espectador de desastres ajenos, sino el foco de una hoguera que amenaza con la combustión planetaria. Hablar de «los problemas que tienen algunas economías, entre ellas la nuestra», oscila entre la inconsciencia y la pereza antropológica. Ha incumplido todas sus promesas electorales, con «medidas que no son populares». En efecto, porque ninguna de ellas figuraban en el programa del PP. Rajoy se refugia ahora en que «no prometimos milagros», cuando su sola presencia en La Moncloa es probablemente el mayor prodigio obrado por la política contemporánea. Su despedida final —«el que pueda, feliz verano»— delata a un gobernante que dejó de tener gracia sin haber sido nunca gracioso.